

¡Ea, leones de España,
En quien no cupo temor!
Seguidme todos: á ellos,
A ellos, que pocos son.
¡Ea, hijos, ea, amigos,
Invocad vuestro patron!
¡Santiago, Santiago, á ellos!
¡Santiago, ayudados!—
Esto diciendo, se arroja
En el contrario escuadron:
Siguenle los caballeros
Con no menos corazon;
Trábase de entrambas partes
Una sangrienta quistion,
Mezclados unos y otros
En saña, en ira y ardor.
Los cristianos animosos
Usando de su valor,
Deshacian la potencia
Del bárbaro guerreador,
Matándole tantos moros,
Que como apocar los vió,
Se comenzó á retirar,
Y el Conde, que lo entendió,
Apretóle con mas fuerza,
Con mas coraje y furor,
Que le forzó á que volviese
Huyendo, el rey Almanzor,
Dejando cubierto el campo
De muertos, y rojo humor,
De los suyos, y esto hecho,
El valeroso español,
Volvió rico y vitorioso
Del bárbaro, vencedor.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

4 En este romance, y el que le sigue, puede verse cómo se desviaban los poetas de las últimas décadas del siglo XVI, del tono sencillo, aunque rudo, de los romances viejos, desfigurándolos con estilo hinchado, aunque coordinando mejor las ideas y pensamientos.

710.

AL MISMO ASUNTO.

(De *Grabel Lobo Laso de la Vega* 4.)

Contra las copiosas haces,
Que las banderas moriscas
Siguen del rey Almanzor,
Fernan Gonzalez camina,
A quien hizo su valor
Conde y señor de Castilla.
Limitadas fuerzas trae
Con las que Almanzor traía,
Con que á darle la batalla
El Conde se determina,
Fiado en lo que le dijo
El santo monje en la ermita 2,
Aunque esta resolucion
Fué de algunos defendida,
Contra lo cual el buen Conde
Su gente exhorta y anima.
Mas haciendo un caballero
Tanto caso de la vida,
Del cual, por ser español,
El nombre no es bien se diga;
Que olvidado del honor,
Y pensando conseguirla,
Teniendo de los cristianos
Aquel por último día;
Cuyo moderado campo,
No otra cosa prometía:
Guiando al de los contrarios,
Del cristiano se salía,
El caballo fatigando
Porque nadie se lo impida,
Que con presurosos piés,
El fijo suelo batía,
En el qual se abrió una boca,

Y de ambos campos á vista
Hombre y caballo abscondió,
De admiracion cosa digna;
Que el fogoso boqueron
De Roma, con tanta prisa,
No tragó al armado Curcio,
Ni se cerró mas aina.
Los castellanos al verlo
Un tanto se atemorizan,
Y con ánimos suspensos
De nuevo se comunican
Si el dar á Almanzor batalla
Era cosa que cumpliera.
Mas el valeroso Conde
Viendo la gente remisa,
Y que el temor de uno en otro
Por puntos se multiplica,
Antes que el campo cundiese
Aquella peste nociva,
Salta en un rucio caballo,
Y por todo discurria,
Diciendo:— Quien dar quisiere
A la fama que del diga
Mientras el mundo durare,
Su suerte y mis pasos siga;
Y el que á aquesto no aspirare
Póngase luego en huida,
Que quiero saber de quién
Se puede fiar Castilla,
Y entre pocos y animosos
Partir esta presa rica,
Que aquestos hacen la guerra,
No la canalla infinita.
Llévense solos la gloria
De la victoria adquirida:
No entre á la parte el cobarde
Pues ninguna le es debida.—
Calóse de la celada
Con esto el Conde la vista,
Y al caballo pone piernas
Blandiendo una lanza lisa,
A cuya voz, y á la seña
De la última arremetida,
Parte la gente exhortada,
Y tal fué la arremetida
Que con victoriosas diestras
Triunfó de Almanzor Castilla.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de*.)

1 Véase la nota del anterior, advirtiendo que el autor de este romance es mas correcto y menos pedante que Juan de la Cueva.

2 Véase el romance núm 695.

711.

MIÉNTRAS FERNAN ANTOLINEZ ESTÁ OYENDO MISAS, UN ÁNGEL TOMANDO SU FIGURA PELEA EN LA BATALLA, SALVANDO ASÍ EL HONOR DEL DEVOTO CABALLERO.

(De *Lorenzo de Sepúlveda*.)

Sant Estévan de Gormaz,
Fuerte eres y torreado,
Ganarate de los moros
El buen conde castellano
Nombrado Garci Fernandez,
El valiente y esforzado.
Batalla tiene aplazada
Con esos moros paganos:
Antes de salir á ella
Oyen misa los cristianos.
En la compañía del Conde
Estaba un hidalgo honrado,
Fernan Antolinez le llaman,
De Dios es muy abogado,
El cual tiene por costumbre,
En devocion inflamado,
De oír todas las misas
Que se dicen en sagrado,
Y no salir de la iglesia

Hasta se haber acabado.
El Conde, que oyó una misa,
Luego se saliera al campo:
Al vado del Cascajal
Los moros pierden el campo.
Su escudero de Antolinez
De su amo ha murmurado,
Diciendo qu'él con cobardia
No osa salir al campo,
Y que no era devocion
La que muestra y ha mostrado.
Mas viendo su corazon,
Dios por él hizo milagro:
Por quitarlo de vergüenza,
Nunca ménos fuera echado.
Peleó valientemente,
En los moros hizo estrago
Un hombre, que á el parecia
En las armas y caballo,
Y al moro, que trae la seña,
Muerto le habie y derribado.
En todos los caballeros
Ninguno es mas señalado;
De su bondad hablan todos,
De todos era estimado;
Con la sangre de los moros
El campo deja bañado.
Acabadas son las misas,
Vencidos son los paganos;
Metidose está en la iglesia
Antolin, de avergonzado,
Porque todos le tendrían
Por cobarde acobardado.
Dios, que vió su voluntad,
De vergüenza lo ha librado.
En su respunte y loriga,
De que su cuerpo era armado,
Y el caballo en que cabalga
Las heridas se han mostrado,
Que dieran al que por él
Ha andado peleando.
Por él preguntaba el Conde,
Todos lo andan buscando;
En el campo no parece,
En la iglesia fuera hallado.
El Conde que hobo sabido,
Todo lo que ha pasado,
Alabara á Dios del cielo,
Loores le estaba dando:
Porque enviara su ángel
A lidiar por su abogado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados etc.*)

712.

EL CABALLO Y EL AZOR, Y LIBERTAD DEL FEUDO DE CASTILLA, POR FERNAN GONZALEZ.

(Anónimo.)

En los reinos de Leon
Don Sancho el Gordo reinaba:
Al conde Fernan Gonzalez
Mensajeros le enviaba
Que venga á sus cortes,
Que en Leon las celebraba.
El Conde cumpliera luego
Lo que el Rey así mandaba,
Diciendo:— Gran Rey del cielo,
Gran Señor, á tí rogaba
Que me quieras ayudar,
Y el favor te demandaba
De que saques á Castilla
De la gran premia en que estaba,
Y que en ella otro no mande,
Sino yo, que la amparaba.—
El Rey que supo que el Conde
A sus cortes ya llegaba,
Saliéralo á recibir

Como á persona estimada.
Un azor el Conde lleva
Que de muda lo sacaba,
Y un caballo muy hermoso,
Que al moro Almanzor ganara.
D'ello se pagaba el Rey,
Al Conde lo demandaba;
El Conde lo da de balde,
No el Rey lo quiere sin paga.
Gran haber por ello ofrece
Si el Conde se lo fiaba:
Pusieron entre sí el plazo
En que el Rey haría la paga,
Y si al plazo no pagase
La moneda se doblaba.
Acabadas ya las cortes,
El buen Conde se tornaba.
Siete años son pasados
Que el rey Don Sancho reinaba;
Cartas enviara al Conde
En que en ellas le mandaba
Que ¿por qué venir á cortes
Tanto tiempo dilataba?
Que si venir no queria
Y á obedecer se negaba,
Que dejase su condado,
Y que luego dél se salga.
El Conde que oyó el mensaje
Cumplió luego la embajada.
Llegado era ya á Leon,
Adonde Don Sancho estaba;
Ante el Rey se hincó de hinojos,
Las manos le demandaba;
El Rey no las quiso dar,
Léjos de sí lo arredraba,
Diciendo:— Quitádvos, Conde,
Que no quiero vuestra fabla,
Porque estais vos muy lozano
Por vencer tantas batallas.
Dos años ha que á mis cortes
No vais, aunque os llamaba:
Con mi condado os alzasteis,
Que yo á vos lo diera en guarda,
Otros tuertos me fecisteis
De que yo agora habré paga.—
El Conde dijo:— Señor,
Con la tierra no me alzaba,
Ni vengo de tal lugar,
Ni linaje que lo obrara,
Que en lealtad y mañas buenas
Por muy bueno me contaba,
Y por tan buen caballero
Como el mejor que se halla.
Otra vez vine á Leon
Do la vuestra corte estaba,
Y de vuestros leoneses
Gran deshonra yo cobraba,
Y esta fué la causa, el Rey,
Que á ellas no continuaba;
Y si me alzo con la tierra
Yo tengo razon y causa,
Ca me tenedes robado
Gran haber y gran ganancia.
Tres años ha lo debeis,
Y á mí no se me pagaba:
Dadme, Rey, vos, fiadores
Que á mí me será pagada;
Yo dárvoslos he tambien
De pagar si en algo erraba.—
El Rey recibiera enojo
D'esto qu'el Conde hablaba;
Echóle en fuertes prisiones,
Mas su mujer lo sacaba.
El Conde sacó sus gentes,
La tierra del Rey estragaba,
Prendiérale muchos hombres
Muchos ganados llevaba:
Hasta que le dé su haber
Mal al Rey amenazaba,

El Rey dió de sus haberes,
Y á un hombre le mandaba
Que luego le pague al Conde
Lo que á pagar se obligara:
El hombre fué para el Conde,
Y el haber luego le daba;
Pero no basta á pagallo
Porque muy mucho sumaba.
El Rey de muy congojado
Con los suyos acordaba
Que libre le dé el condado
Si el haber le perdonaba.
El Conde lo hubo por bien
Porque mucho le pesaba
De besar mano á ninguno,
Y á Dios muchas gracias daba
Por sacar de subjecion
De Leon, á Castilla honrada.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

713.

GARCI-FERNANDEZ VENGA EL ADULTERIO DE SU PRIMERA MUJER.

(Anónimo 1.)

Castilla estaba muy triste,
Crecidos llantos hacia
Porque es muerto Hernan Gonzalez
El que bien la defendia.
Su hijo hobo su estado,
Ese conde Don Garcia,
Fernandez por sobrenombre,
¡Bien al padre parecia!
Gran caballero es de cuerpo,
Cuerto, apuesto á maravilla,
Las manos ha como nieve
Cuando del cielo cafa;
Cubiertas las trae con luas
Porque amor nadie le pida.
En Francia casó el buen Conde
Con esa Doña Argentina,
Que pasaba por su tierra
A Santiago en romeria.
Seis años vivió con ella,
No hubieron fijo ni fija:
El Conde está muy doliente,
Temió de perder la vida.
La Condesa como mala
Muy gran traicion le hacia:
Fuése á Francia con un conde
Que á visitarla venia.
El conde Garci Fernandez
Gran enojo recebia,
Y sano de su dolencia
A los suyos les desia
Que por cumplir la promesa
Que por su salud hacia,
Se iba á Rocamadador
Con dones en romeria.
Metióse por el camino,
Un escudero en su guia;
Ambos van desconocidos,
Pobres vestidos vestian:
Llegados son donde estaban
Los que han hecho alevosia.
El Conde Garci Fernandez
Con gran prudencia inquiria
Toda la vida del Conde,
Y supo que habia una hija,
Que se nombra Doña Sancha,
Muy hermosa en demasia.
Garci Fernandez, discreto,
Cuidó que le convenia
Conversar luego con ella
De cualquier manera ó guisa.
Muy mal quiere Doña Sancha
A aquesta Doña Argentina;

Con su padre la revuelve,
No puede sufrir tal vida.
Buscando andaba algun modo
Cómo huya tal fatiga.
Habló con una doncella,
Y en secreto la decia:
—Amiga, sepas que yo
Sufrir esto no podia:
¿Has visto tú ya los pobres,
Que dan racion cada dia
A la puerta de mi padre?
Pues mira con maestria
Si hay en ellos hijodalgo,
Que allí la limosna pida,
Que sea feroso, apuesto,
Y á mí lo trae; que cumpla,
Porque quiero hablar con él,
Que mucho á mi convenia.—
La doncella, qu'es discreta,
Por la obra lo ponía:
Fuése un dia do los pobres
Recebían la comida,
Y entre ellos vió estar al Conde,
Al buen conde de Castilla,
Que está pobre y mal vestido;
Mas muy bien le parecia.
Vido que era muy hermoso,
Grande, apuesto en demasia,
Vió las manos hermosas,
Qu'el buen Conde descubria.
Cuidaba en su corazon,
Qu'era hombre de valia:
Apartáralo de todos,
Y conjurádolo habia
Que dijese si era hidalgo,
Que d'ello gran bien ternia.
Dijo el Conde que lo era,
Más que el señor que tenia.
La doncella paró mientes
A esto que respondia:
—Aguárdame aqui, señor,
Yo verné por vos aina.—
Fuése para su señora;
Lo pasado le decia.
Por mando de Doña Sancha
Vino antella Don Garcia;
Ella le dijera al Conde:
—Yo os ruego por cortesia
Me digais por cuál razon
Vos sois de mas hidalgia,
Que no el señor d'esta tierra,
Que yo por padre tenia.—
Respondió el Conde diciendo:
—En vuestro poder yacia,
En vuestra mano es mi muerte,
Dármela podeis, ó vida.
Si quereis saber de mí,
A vos me descubriria;
Prometedme en puridad
Que de vos no se sabria.—
Jurábale Doña Sancha,
Que no lo descubriria.
El Conde dijo:—Señora,
Verdad digo y no mentira,
Yo soy Don Garci Fernandez,
Ese conde de Castilla:
Vuestro padre que aqui está
A mi gran maldad hacia:
Trojérame mi mujer
Con quien casado yo habia:
Aqui la tiene consigo,
Gran pesar á mi venia,
Y con crecida vergüenza
Prometido yo tenia
De no volver á mi tierra
Hasta quitarles la vida;
Y por cumplir mi promesa
Este mal traje traia,
Porque á mí nadie conozca

714.

LA CONDESA DE CASTILLA INTENTA ENVENENAR Á SU HIJO SANCHE GARCÍA.

(Anónimo 1.)

Conde era de Castilla
Don Sancho el muy esforzado:
Hijo es de Garci Fernandez,
Que ántes dél tuvc el condado:
Nieto es de Fernan Gonzalez,
Que á Castilla ha libertado
De los reyes de Leon,
De quien solia ser mandado.
Viuda estaba la Condesa
Madre del conde Don Sancho,
Quien por casar con un moro,
Gran traicion habia pensado:
Matar al Conde su hijo,
Con yerbas, tiene acordado.
Y despues de muerto el Conde,
Luego ella habria el condado;
Y siendo señora dél
Al moro seria entregado,
Y el moro seria señor
De condado tan honrado.
Tomó yerbas la Condesa;
Ya las está destemplando,
Para darlas á beber
A aqueste conde Don Sancho.
De las yerbas no podia
Hacerse el Conde librado:
No quiso Dios se cumpliese
Lo que ella tiene acordado,
Que una criada suya
A quien le fué revelado,
Descubrió todo el secreto,
Y al Conde hizo avisado.
Cuando vino la Condesa
A obrar tan gran pecado,
Dió las yerbas á su hijo
En el vino destemplado.
Rogaba al Conde bebiese
Del vino, que es afamado;
Mas él no lo quiso hacer,
Y á su madre habia rogado
Que d'ello primero beba,
Y el hará luego su mando.
Rehúsalo la Condesa;
Su traicion disimulando,
Respondió no tener gana,
Que la sed se le ha quitado.
Mucho la importunó el Conde
En ello haga su grado,
Y que del vino bebiese
La estaba importunando;
Pero no aprovecha cosa,
Que siempre lo habia excusado.
El Conde le hizo por fuerza
Beber el vino herbolado:
Luego que le hubo bebido
Muerta en el suelo ha quedado.
De allí quedó en Castilla,
Y se habia acostumbrado,
Beber mujeres primero,
Y luego los allegados.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

1 Del asunto hizo Cienfuegos su tragedia de *Doña Sancha de Castilla*, en la cual respira el mas noble patriotismo, y está llena de lances y escenas muy interesantes y sublimes, que retratan el noble y altivo carácter castellano. (Véase la nota 2 del romance anterior.)

715.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Al conde Sancho Fernandez
Su madre le arma traicion,

Ni mi venganza se impida.—
A Doña Sancha le plugo
De lo qu'el Conde decia,
Porque hallaba camino
Que gran bien se le seguia.
Dijole al Conde:—Señor,
Quien á vos os diese hoy dia
Carrera para hacer
Lo que á mí dicho se habia,
¿Qué le daréis vos por ello,
O qué galardón habria?—
Luego el Conde respondió:
—Con vos yo me casaria,
Llevariaos yo conmigo
A mi estado de Castilla:
Seréis condesa y señora
De la tierra que tenia.
Ella le dijo que cedo
Gran venganza tomaria.
Escondiéralo en secreto
Adonde entrambos dormian.
Dende á la tercera noche
Doña Sancha usó maestria;
Al conde Garci Fernandez
Un lorigon le ponía,
Y un cuchillo en la su mano
Bajo el lecho lo metía
Do su padre y su mujer
Tenian la su dormida.
Mandóle que esté seguro,
Y una cuerda al pié le asia
Porque cuando se durmiesen
Los que tan mal le ofendian,
Doña Sancha le tirase,
Y saliendo Don Garcia,
A mansalva y de seguro
A entrambos los mataria.
Aqueste concierto fecho,
El Conde con la su amiga
Echados son en la cama,
Y debajo Don Garcia.
Luego se habian dormido;
Doña Sancha que lo via
Tira luego de la cuerda,
El Conde presto salia:
Degollólos á ambos juntos;
Ambas cabezas les quita.
Con ellas y su mujer
Para Castilla volvia.
Despues que fuera llegado
Sus gentes juntar hacia;
Contóles lo acaecido,
Que cosa non fallecia.
Dijo el Conde á sus vasallos:
—Amigos, de aqueste dia
Soy yo el vuestro señor,
Pues que vengado me habia,
Que estando tan deshonorado
Vasallos no merecia.—
Casóse con Doña Sancha,
Alegre vida hacian;
Naciera d'ellos Don Sancho
Que sucediera en Castilla.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

1 El héroe del romance es el hijo de Fernan Gonzalez. Si examinamos detenidamente la composicion, se verá cuánto dista en sus formas y pensamientos de los verdaderos romances de origen castellano. Pudiera pues creerse que la tradicion que le sirvió de asunto es puramente caballeresca, nacida en Francia, y luego adoptada por nosotros para aplicarla á un héroe castellano. Si ademas examinamos el lenguaje, el giro y la manera con que está hecha y contada esta historieta, creemos poderla atribuir á mediados del siglo XV; y si así fuese, Sepúlveda no hizo otra cosa que imprimirla y acaso reformarla un tanto.

2 El hecho inmoral, y el parricidio provocado por esta Doña Sancha, hace muy verosímil el papel que representa en el romance que sigue, donde se la ve que no escrupuliza envenenar á su propio hijo Don Sancho, por entregarse á los amores de un moro.

Y le procura la muerte,
 Contra fe, ley y razon,
 Por casarse con un moro,
 A quien le tomó aficion.
 De cuyo amor ciega y presa,
 Sujeta á su indiscrecion
 A su inmoderada furia,
 A su sensual pasion,
 Sin poner nada delante
 Y por cumplir su intencion,
 Le mandó á Castilla en dote,
 Y el condado de Aragon.
 Resoluto en este intento
 Su obstinado corazon,
 Andaba inquiriendo medios,
 Solicitando ocasion
 De dar la muerte á su hijo,
 Y alcanzar su pretension;
 Y para que venga á efecto,
 Tal remedio apercibió:
 Que al vino mezclen veneno,
 Y aquesto comunicó
 Con una criada suya,
 Que para el hecho eligió,
 Por mas sagaz y fiel
 Para tal conjuracion.
 La criada, habiendo oido
 Tan gran determinacion,
 Tan horrible y fiero intento,
 Temió la administracion;
 Y así, temiendo y dudando,
 Puesta en grave confusion,
 Andaba fuera de sí
 En esta imaginacion,
 Confiriendo y revolviendo
 Mil cosas, en tal sazón,
 Que todas le traen cuidosa
 Temiendo su perdicion.
 Viéndose en aquesta duda,
 Y puesta ya en la ocasion,
 Presente el horrible día
 Que para el hecho asignó
 La cruel madre, contra el hijo,
 Contra humana condicion;
 Fuése adonde estaba el Conde
 Seguro de tal traicion,
 Y llamándole en secreto,
 De este modo le habló:
 — Señor, en tí confiada,
 Y en tu grande discrecion,
 Que tomarás mis razones
 Cual es mi pura intencion,
 Vengo á hacerte saber
 Tu cercana perdicion,
 Para que proveas remedio,
 Antes que agrave el dolor;
 Y es, que tu madre procura,
 Movida de un ciego error,
 De un vano y loco deseo,
 De una indiscreta pasion,
 Por casarse con un moro
 A quien sin seguir razon
 Ama disolutamente,
 Sin tener moderacion,
 Ni mirar á su nobleza
 Ni á tu nombre, ni á su honor,
 Que no emprenda tal hazaña,
 Contra sí, y nuestra nacion;
 Porque el corazon que ama
 Mal admite correccion,
 Y á mujer determinada,
 Nada mueve su opinion:
 Así cual á esta tu madre,
 Que sin mas contradiccion,
 Sin que la mueva consejo,
 Ni la atraiga persuasion,
 Que deje tan fiero intento
 Y se someta á razon,
 La cual ni sigue ni admite

Contra tal disolucion
 En la furia de su fuego,
 Y en querer su destruccion;
 Para lo cual ha ordenado
 El tiempo y disposicion,
 Y hame dado el cargo á mí
 De administrar su traicion,
 Mezclándose con el vino
 Una mortal confeccion,
 Y hoy te la da en la comida,
 Y esto es lo que ordenó:
 Por eso, busca remedio
 Sin decir quien te avisó.—
 Dijo el ama: El Conde queda
 Alterado, sin color;
 Por una parte dudoso,
 Y por otra con temor;
 Entre miedo y entre duda,
 Aquesto le respondió:
 — Ya que has querido avisarme
 Movida de compasion,
 De la crueldad de mi madre,
 Y su injusta indignacion,
 Por lo cual, yo te prometo
 El debido galardón,
 Que corresponda á tal hecho,
 Con tal remuneracion:
 Mas quiero que en este caso
 En que el cielo te inspiró,
 Sigas con el orden mio,
 El que mi madre te dió,
 Y así mezcles el veneno
 Del modo que te mandó,
 Y me lo des que lo beba
 En su mortal confeccion.—
 Parte la criada al punto
 En esta resolucion;
 Queda el Conde confiriendo
 Solo, en su imaginacion,
 Qué modo seguirá en esto
 Que sea de más honor:
 Si dará muerte á su madre,
 Sin descubrir la traicion;
 Si dará noticia d'ella
 Pidiendo satisfaccion.
 Determinábase á uno;
 Volvía, y decia no,
 Quizá me engaña esta dueña,
 Y tal maldad levanto
 Por estar mal con mi madre,
 Para que la vengue yo.
 En esto estaba ocupado,
 En tal duda y confusion,
 Cuando se llegó la hora
 Que la madre señaló,
 Que era cuando subia Febo
 Adonde cayó Faeton.
 Llamaron al Conde á comer,
 Cual solia á tal sazón;
 Siéntase luego á la mesa,
 Y su madre se asentó;
 Sirvenles varios manjares
 De toda recreacion;
 Alzan unos, tráenles otros
 Diferentes en sabor:
 Gustan, aplacan la hambre
 Arde el natural calor;
 Pide el Conde de beber,
 Y la dueña que lo oyó,
 Trae el venenoso vaso,
 Y dándosele, tosió,
 Acordándole que estaba
 Allí la mortal pocion:
 Tomó el Conde en la mano,
 Y á su madre así habló:
 — Beba vuestra Señoría,
 Gustará el mejor sabor,
 Que jamas ha visto en vino,
 Desde el día en que nació.—

Oyendo la madre al hijo,
 Riéndose respondió:
 — No quiero beber agora
 Hijo mio, bebed vos,
 Que cuando yo tenga gana
 Beberé, aunque vino, no.—
 — Será muy mala crianza,
 El Conde le replicó,
 Que beba primero el hijo,
 Que su madre, y no es razon:
 Y así la trabó del brazo
 Y el vaso en poder le dió,
 Diciéndole, que bebiese
 Luego, sin mas dilacion:
 Y empuñándose á una daga,
 Con ella le amenazó.
 Temiendo al hijo, la madre
 El mortal vaso bebió,
 Con que se entregó á la muerte,
 Que dar al hijo pensó.
 Dúdase en aqueste hecho
 Si fué justo, ó sin razon;
 Unos afirman que sí,
 Otros defienden que no.
 Dan diversos pareceres,
 Y concluyen su quision,
 Que remitan la sentencia
 Al juicio del lector.

(CUEVA, *Coro febeo.*)

716.

GARCÍA I DE CASTILLA, MUERTO Á TRACION POR LOS VELAS⁴.

(Anónimo.)

Reinado era Castilla,
 Reinado, que no Condado:
 Don García fué el primero
 Que por rey se ha coronado.
 A Bermudo de Leon
 Su mensaje habia enviado,
 Demandándole su hermana,
 Por con ella ser casado.
 Don Bermudo hubo por bien
 De hacer lo que le es rogado.
 Concertaron que se hiciesen,
 Las bodas que han concertado
 En Leon, esa ciudad
 Cabeza que es del reinado.
 Llegados son á Leon
 Don García y su cuñado,
 Con Don Sancho de Navarra,
 Que lo iba acompañando.
 Don García entra dentro,
 Los suyos deja en el campo.
 Los hijos del conde Vela,
 Que de Castilla hobo echado
 Su padre de Don García,
 Por maldad que habian obrado,
 Por vengar la su deshonra,
 La gran traicion han trazado
 De matar á Don García,
 Aunque eran sus vasallos.
 Disimulan la enemiga,
 Al Rey besaban la mano;
 El Rey los recibe bien,
 Recibiólos como á hermanos;
 Tórnales toda la tierra,
 Que su padre habia tomado.
 Fuése á ver á Doña Sancha,
 Que lo habia mucho en grado;
 Cobráranse gran amor.
 Ambos de sí se han pagado.
 Doña Sancha dijo: — Infante,
 No fuisteis bien aconsejado
 En no traer vuestras armas,
 Y venir bien á recado;
 No sabeis quién mal os quiere,

D'ello mucho á mí ha pesado.
 — Nunca hice mal ninguno,
 Señora, Dios sea loado,
 Le respondió Don García,
 Y armas me fuera excusado.—
 Los malos ponen por obra
 La traicion que han acordado,
 Fuéronse para la plaza,
 En ella arman un tablado;
 Debajo llevan las armas;
 Gran revuelta habian trabado
 Con los vasallos del Rey,
 Sobre tirar al tablado;
 Cerraron todas las puertas,
 Que ninguna habian dejado;
 Matan muchos caballeros
 De los buenos castellanos.
 El Infante que lo supo,
 A la gran grito ha llegado:
 — Quedos estad, los traidores,
 No matedes mis criados.—
 Los condes fuéron á él
 Con los venablos alzados:
 Quisiéronlo allí matar,
 El Infante entró en sagrado
 En Santa Maria de Regla,
 Mas allí lo habian cercado.
 Prendiéronlo dentro d'ella,
 Liévanlo muy deshonrado
 Ante el conde Don Rodrigo,
 Pariente de los malvados.
 — No me matedes vosotros,
 El Infante habia hablado,
 Darvos he muy grandes bienes
 En Castilla mi reinado.—
 Gran duelo hobo del Don Nuño,
 A los condes ha rogado
 Que no maten al Infante,
 Mas ellos no lo han en grado,
 Y la infanta Doña Sancha,
 Que supo lo que es contado,
 Fuése para allá corriendo;
 Grandes voces iba dando:
 — Al Infante no matedes
 Que vos será demandado,
 Pues que sois vasallos suyos
 Y obligados á amparallo.
 A mí matad, que no á él,
 Y en él no pongais la mano,
 Pues contra vosotros, condes,
 En nada no es él culpado.—
 El conde Fernan Flayno
 A la Infanta habia llegado;
 Dióle muy gran bofetada,
 En sangre la habia bañado.
 Gran pesar tomó el Infante;
 De traidor lo está llamando;
 Los condes como alevosos
 Grandes feridas le han dado;
 Muerto cayera en el suelo.
 El primer que le hobo dado
 Fué Ruy Vela, su padrino
 Cuando fuera bautizado.
 La Infanta desde lo vido,
 Sobre el Infante se ha echado:
 Tomóla Fernan Flayno,
 Como muy desmesurado;
 Dió con ella por el suelo
 Y por una escala abajo.
 Los malos con crueldad,
 Al Infante habian tomado,
 Dieron con él por el muro,
 Cayó do está su cuñado
 Don Sancho, rey de Navarra,
 El cual muy bien lo ha vengado.

(SEPÚVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)⁴ Este García era hijo del conde de Castilla Sancho García.

717.

MUERTE DE LOS TRAIADORES VELAS.

(Anónimo¹.)

Los hijos del conde Vela
De traiciones han usado:
Mataron con gran alevé
Al primer rey castellano.
Don García había por nombre,
Postrer conde muy lozano:
Matáronlo allí en Leon
Donde estuvo desposado
Con la infanta Doña Sancha.
Don Ramiro, qu'es su hermano,
De Leon había salido
Muy armado y á recado,
Y puso cerco á Monzon,
Que de Castilla es reinado.
El alcaide que lo tiene,
Fernan Gutierrez llamado,
Dentro los ha recibido,
A su pesar, mal su grado.
Cuando supo la traicion,
Mucho se les humillando,
Convidólos á comer;
Muy bien los había engañado.
Escribió luego secreto
A ese buen rey Don Sancho
Que viniese á socorrerlo
Que lo tenían cercado
Los hijos del conde Vela,
Esos traidores malvados.
Luego el buen rey de Navarra
Con sus dos hijos hermanos,
Y mucha gente consigo,
En Monzon los han cercado.
Prendieron á todos tres,
Vivos los habían quemado.
Hernan Flayno, ese traidor,
Se les había escapado:
Mudárase los vestidos,
Cabalgó sobre un caballo
Sin llevar silla ni freno,
Un capote cobijado,
La capilla en la cabeza,
En piernas iba el malvado.
Entróse dentro en los monjes;
No se halla aunque es buscado.
El rey bueno de Navarra,
Su hijo, había casado
Con la infanta Doña Sancha,
Con la cual fué desposado
El otro infante García,
Que á traicion habían matado,
Y la infanta Doña Sancha
A su suegro así ha hablado:
— Buen Rey, si no me vengais
Del traidor Fernan Flayno,
Que fué en matar al infante,
Que mucho á mí ha lastimado,
Don García vuestro hijo
Jamás me verá á su lado.—
El rey Don Sancho mandó
Que el monte sea cercado:
Prendido lo había en él
Al alevoso malvado.
Trujéronlo do es la Infanta,
A ella lo han entregado,
Y fizo en él tal justicia
Que lo mató por su mano.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

¹ Es de la misma clase y época de los de Sepúlveda.

SIGUE LA EPOCA DE BERMUDO II, DE LEON.

718.

ATAULFO, ARZOBISPO DE LEON, CALUMNIADO Y EXPUESTO Á UN TORO POR ÓRDEN DE BERMUDO II, SE LIBRA DE ÉL HACIENDO UN MILAGRO¹.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En Leon reina Bermudo;
Hijo fué del rey Don Sanho;
A Ataulfo, su arzobispo,
Con el Rey lo habían mezclado.
Dijeron al Rey qu'es moro,
Y que tiene concertado
De entregarles á Galicia
Do él tiene el obispado;
Creyó el Rey que era verdad,
Aquesto que le han contado.
Juéves era de la cena,
Quando el Rey le había mandado
Que se venga para Oviedo,
Do el Rey lo está aguardando.
El Arzobispo que supo
El mensaje que le es dado,
Adereza su persona,
Y á Oviedo había llegado.
Fuérase á San Salvador,
Que es templo á Dios dedicado,
Por hacer la su oracion
Y decir misa en sagrado.
Esos alcaldes del Rey,
Mucho lo han denostado,
Diciendo que ántes debiera
Ir al Rey, besar la mano,
Que no entrar en la iglesia,
Como había entrado.
Respondió el Arzobispo
Que no habían bien hablado,
Que muy mas guiado era
El, y todo buen cristiano,
Ver al que era Rey de todos,
Que no al rey que era mundano.
Mandó el Rey traer un toro;
Esquivo era y muy bravo;
Metiéranselo en la plaza,
Que estaba ante el palacio:
Acosáronle muy recio;
Ensañado, está bramando,
Y que mate al Arzobispo
Tenia determinado.
Ya había dicho misa
Aquese Arzobispo honrado;
Saltárase de la iglesia,
Do el toro está allegado.
El toro cuando lo vido,
Arremetió denodado;
Llegándose cerca dél
Muy manso había quedado.
El le trabó de ambos cuernos;
En las manos le han quedado.
El toro arremetió á aquellos
Que dél habían mal hablado;
Muchos d'ellos dejó muertos,
Huyendo se es ido al campo.
El Arzobispo bendito,
A la iglesia se ha tornado;
En ella puso los cuernos
En memoria de lo pasado;
Loando está á Dios del cielo
Por el milagro contado.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

¹ En este tiempo se suponen acaecidos los sucesos de los Infantes de Lara.

ROMANCES RELATIVOS Á LA HISTORIA DE ESPAÑA.

719.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Del obispo Don Astolfo,
Obispo de Santiago,
Estaba el rey Don Bermudez,
Sin por qué, mal enojado,
Movido de lisonjeros
Que al Obispo han levantado
Mil crimosos insultos,
Estando de todos salvo;
Por lo cual, el Rey se aira
Y manda determinado
Que para Oviedo lo citen,
Donde tenia aparejado
En medio de una gran plaza,
Un toro, el mas fiero y bravo,
Que para el horrible hecho,
Había sido hallado.
Diéronle al Obispo aviso
Luego que á Oviedo ha llegado,
De lo qu'el Rey ordenaba,
Que vaya á dar su descargo,
Quizá mudará opinion
De la sentencia que ha dado.
Don Astolfo, oyendo aquesto,
Respondió muy esforzado:
— Iré á ver el Rey del cielo,
Primero que al rey humano;
Qu'es á quien debo servir,
Y quien d'el me hará salvo,
Y me guardará justicia,
Aunque él me tiene citado.—
Esto diciendo el Obispo
En la iglesia entró, y alzando
Las manos á un Crucifijo
Dijo, ante él arrodillado:
— Señor, que en aquesta cruz
Por mí culpa esteis clavado,
Las sacras carnes abiertas,
Clavado de piés y manos,
Pues vos sabéis mi inocencia,
Y que en nada soy en cargo
De lo que me culpa el Rey,
Dios mio, haced un milagro
De suerte que se conozca,
Y el mundo todo vea claro,
Cuán fuera estoy de tal culpa,
Y el Rey cuán ciego en su engaño.—
Luego se fué, y revistió;
Dijo misa el varon santo,
Y en acabándola sale,
Do está el toro, denodado,
Y sin turbacion ni miedo,
Sin pena ni sobresalto,
Aunque los que lo miraban
Sentian el duro caso,
La muerte cercana y fiera
A que iba condenado.
El toro viendo al Obispo
A él se vino paso á paso,
No con el feroz denuedo
Que solía, mas tan manso,
Que ante el Obispo se inclina,
De su braveza olvidado,
Y entrambos cuernos le puso
Al santo Obispo en las manos,
Que al punto que los tocó
En ellas se le quedaron,
Volviéndose luego al monte
Tan manso cual ántes bravo.
El Obispo entró en la iglesia,
Y al altar los ha llevado,
Donde los puso en su nombre,
Y en memoria del milagro,
Y sin querer ver al Rey
Se fué alegre á su obispado.

(CUEVA, Coro febo, etc.)

720.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo¹.)

Rey que á malsines escucha,
Que juzgue derecho dudo,
Ca forzoso es faga fuerza,
Quien no es en oír sesudo.
A los prestes de Santiago,
Oídos dió el rey Bermudo,
Magüer tenían enemiga
Con su arzobispo Ataulfo.
Cuatro d'ellos le profazan,
En puridad por perjuro,
Y le demuestran que quiebra
Lo que á Dios y á él es tenuto.
Dicen que escarnir pretende
Su creencia y sacro culto,
Y dar, culto moro, á moros,
A Galicia, reino suyo.
Tan afincado lo dicen,
Que creyéndolos Bermudo,
Un gran homecillo toma
Al varon santo y seguro.
Fizole encartar á Oviedo,
Y él vino como al Rey plugo,
Ca non recela presencia
De injusto Rey pecho justo.
Juéves era de la cena
Quando llegando Ataulfo,
Despues de haber celebrado
Ante el sagrado sepulcro,
Se fué al palacio del Rey
Que con ser disanto tuvo
Un toro feroz, que fizo
Lidiar á canes, y al vulgo.
Al toro le manda echar
Quando estaba mas sañado,
Que es el poder provocado
Fuego que no se va en humo.
Mas la fiera mas piadosa
Que el que comete el insulto,
Se viene á él mas humilde,
Que el manso buey viene á el yugo.
Echóle su bendicion
Y luego las manos puso
Sobre los cuernos, y en ellas
Se le quedaron al punto.
Viendo el Rey este milagro,
Arrepentido y confuso,
Se fué donde el Santo estaba,
Con sus homes de consuno;
Y fincando los finojos
Dijo al absuelto Ataulfo:
— De facer desaguizado
Por mal fadado me culpo;
Perdon te pido, home bueno,
Ca si yo fuera sesudo,
Ver debiera ser alevos
Las palabras de los tuyos;
Mas pues Dios ha descubierto
Su maldad y el celo tuyo,
Para qu'este tuerto enmiende
Pracete quedar con nusco.—
El buen pastor que oyó esto,
Le responde: — Rey Bermudo,
Mi injuria yo te la suelto,
Mas con Dios non te la excuso,
Ca punir homes de orden,
Por ley y sacro estatuto
Solo es dado al Padre santo,
O al que en su lugar él puso.
El punir suyo es derecho,
Y el retraer tuyo, insulto,
Ca toller juzgado ajeno
Tiranía es, non es furto.
Si hay mancilla, á tí se tenga
Que si yo una fiera lucho,
A tí te lidián y vencen

Mil fieras con piel de gustos.
Descubre su faz, señor,
Faras tu pro, y de los tuyos:
El facer falsos consejos
Siempre es daño, y daño mucho.
Asaz enmienda me has fecho,
Toda la demas repudio;
Que el yerro que bueno face
Siempre al alma es fierro agudo.
Y no te espantes tampoco
Si el morar aquí rehusa,
Ca sandio es quien espera
Tras un peligro el segundo.
Huir quiero á los desiertos,
Ca para vivir seguro
Mejor es paz en el yermo,
Que honor dentro de los muros,
Pues me han fecho sabidor,
Que contra el natural uso
A las fieras dan razon,
Y á los hombres hacen brutos.

(Romancero general.)

¹ Romance que remeda el viejo lenguaje, pero que es del siglo XVI, en su última década.

EPOCA DE ALFONSO V DE LEON.

721.

ALFONSO V CASA Á SU HERMANA TERECA CON AUDALLA, REY MORO DE TOLEDO, QUIEN CASTIGADO DE UN ÁNGEL POR HABERLA GOZADO, LA DEVUELVE Á SU HERMANO.

(Anónimo ¹.)

En los reinos de Leon
El Quinto Alfonso reinaba:
Una hermana tiene el Rey;
Doña Tereca se llama.
Audalla, rey de Toledo,
Por mujer se la demanda,
Y el Rey con muy mal consejo
Lo que le pide otorgaba.
Moviése el Rey á hacerlo
Porque el moro le ayudaba
Contra otros reyes moros
De quien él se recelaba.
Mucho á la Infanta le pesa
En se ver tan denostada,
De la casar con un moro,
Siendo la Infanta cristiana.
No aprovechan con el Rey
Las lágrimas que lloraba,
Ni los ruegos que le ruegan
Para revocar la manda.
El Rey la envió á Toledo
Adonde Audalla estaba:
Recibióla bien el moro;
En la ver mucho se holgaba.
Procuró de haber su amor;
Quiere gozar de la Infanta:
Ella con crecido enojo
Aquesta razon hablaba:
—Yo te digo que no llegues
A mí, porque soy cristiana,
Y tú, moro, de otra ley
De la mia muy lejána.
No quiero tu compañía,
Tu vista no me agradaba;
Si pones manos en mí,
Y de tí soy deshonrada.
El ángel de Jesucristo,
A quien él me ha dado en guarda,
Herirá ese tu cuerpo,
Con su muy tajante espada.—
No se le dió nada al moro
De lo que la Infanta hablaba:
Cumplió en ella su querer,

Dueña el moro la tornaba.
Dende á muy poco rato
El ángel de Dios lo llaga:
Dióle grande enfermedad,
Sobre el moro cae gran plaga.
Cuidó el Rey ser d'ella muerto,
Y que de tal mal no escapa:
Llamó á sus ricos-hombres,
Con la Infanta los enviaba
A Leon, donde está Alfonso:
Gran presente le llevaban
De oro y piedras preciosas,
Que en gran valor estimaban.
Llegados son á Leon,
La Infanta monja se entraba,
Do vivió sirviendo á Dios
Honesta vida, muy santa,
En aqueste monasterio,
El que de las Huelgas llaman ².

(SEPLÚVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

¹ La tradición que se narra en este romance es duplicada, pues hay otra en que se atribuye el mismo hecho á la infanta Doña Elvira, hija del rey Don Ordoño, á quien casaron con el rey moro de Valencia.

² ; Enorme anacronismo!

722.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Forzado el rey Don Alonso
Del daño que le hacia
Desde Córdoba el rey moro,
Que sus tierras le corria,
Haciendo en ellas entradas,
Robándolas cada dia;
Vino á verse en tanto aprieto,
Que la fuerza d'él le obliga
A hacer un fiero hecho
Contra razon y justicia:
Y era dalle al rey Abdalla,
Que en Toledo residia,
En casamiento á su hermana,
A quien él en tanto estima,
Porque le ayude y defienda
Del estrecho en que se via,
Con que entiendo reprimir
Del moro andaluz la ira.
Resoluto en este acuerdo,
Sin mas acuerdo le envia
Sus mensajeros á Abdalla,
Y de su intento le avisa.
El moro aceptó el recaudo,
Y las alianzas firma,
Cual pidió el rey Don Alonso,
Sin que cosa contradiga:
Antes le envió á dar gracias
Por merced tan escogida:
Y en señal de aquella gloria,
Por él tan encarecida,
Mandó que á todo su reino
Se le avise y aperciba,
Que la celebren con zambras
Y con lellas su alegría.
En lo mismo ocupa el tiempo
Don Alonso, y ejercita
Alegres fiestas, y juegos
De cañas, toros, sortija.
Llegó el dia de las bodas,
Alegre en toda Castilla,
Y sola Doña Teresa,
La novia, gime y suspira,
Y con encendido llanto,
Ante un Cristo de rodillas,
Dice: —; Oh Salvador del mundo!
Que las altas jerarquias

Hiciste, y el trono eterno
De tu trina esencia habitas,
Y las celestiales formas,
Que ilustran el mundo, pisas:
Tú, que ensalzas la humildad,
Y la soberbia derribas,
Por la que el soberbio ángel
Derribaste de su silla:
Tú, que al pueblo de Israel
Libraste de su fatiga,
Y para poder librallo,
Tu favor le diste y guia,
Y era solo un rey no mas,
El que á tu pueblo seguia:
Pues, Dios mio de Sion,
Que obras estas maravillas,
¿Qué hará una mujer sola,
De dos reyes combatida?
Si para uno tu ayuda
Fué visiblemente vista,
Esa te pido, Dios mio,
Y suplico no permitas
Que sea mujer de un pagano
Quien tiene puesta tu crisma.—
En esto estaba ocupada
La triste Infanta afligida,
Cuando los febeos caballos
Al Océano se inclinan:
Ciérrase con noche el mundo,
Con el mar se envuelve el dia,
Tiende sus alas el sueño,
Con que al reposo convida:
Ya con prisa alzan las mesas,
Cesan los saraos que habia.
Levántase el rey Abdalla,
Y á dormir se va, y envia
Luego por la desposada,
Que ante él puesta, él se le humilla,
Y como quedaron solos,
El moro mil niñerías
Le dice, y con mil regalos
La regala y acaricia.
Pídele las bellas manos
Para besar, y ella esquivá
Las huye, y vuelve ceñosa,
Y al moro, que se arde, mira.
El vuelve, y dicele amores,
Ella lo aparta y desvia,
Pidiéndole que la deje,
Y tal intento no siga,
Porque morirá primero
Que tal yerro hacer permita.
Viendo el moro su esquivaza,
Le dice: — Señora mia,
¿Porqué con ese rigor
Me tratas, pues sois mi vida,
Mi bien, regalo y contento,
Y en dulce amor recibida
Por mi señora y mujer,
Por mi gloria y compañía?
Si os causa ese descontento,
Juzgar qu'es mi suerte indina
De tal premio, ved, señora,
Que soy rey de tanta estima,
Cual es el Rey vuestro hermano,
Pues en toda Berberia
Es estimado mi nombre,
Como temido en Castilla.—
Esto le decia el moro,
Y ella llorando le oia,
Apartando d'él los ojos,
Que aun su vista le ofendia.
Viendo Abdalla, que ya el ruego
Ningun efecto hacia,
Quiere que haga la fuerza
Lo que no la cortesía.
Y así dejando el respeto,
Asió d'ella, y dijo: —; Mira,
Infanta Doña Teresa,

Que es mucha tu demasia!
No huigas de mi querer,
Pues eres ya mujer mia.—
Esto dijo airado el moro,
Y con fuerza d'ella tira;
Ella se defiende d'él,
Y al cielo su alma envia,
Rogándole que la ayude,
Porque ya se debilita.
Y forcejando con él,
Dijo, en el cielo la vista:
— Señor, no me desampares,
Y en este aprieto me anima,
Y permite antes mi muerte,
Que en tal cosa te desirva.—
Las plegarias de la Infanta
Del justo Dios siendo oidas,
Estando en su mayor fuerza
En su orgullo y su porfia,
El moro cae sin sentido,
Sin habla, y casi sin vida:
Echaba en blanco los ojos,
Lanzaba negra saliva,
Daba voces mal formadas,
Que oillas causaba grima.
A los gemidos y estruendo
Que basqueando hacia,
Acudió su guardia, y viendo
A su rey en tal fatiga,
Dan voces, acude el rey
Don Alonso, y con la grita
Que daban, volvió en su acuerdo
El moro, y dice: — Ya es vista
La voluntad que tu Dios,
Cristiana, quiere que siga,
De cuya mano me viene
Este castigo, y me priva
Casarme yo con cristiana
Siendo moro; y pues me obliga
Su poder á que lo haga,
Yo deo tu compañía,
Que no quiero contender
Con quien así me derriba.
En diciendo estas razones
Abdalla sigue su via
Para Toledo, y la Infanta
Luego desde á pocos dias
Se fué á Oviedo, á un monesterio,
Do monja acabó su vida.

(CUEVA, Coro febeo, etc.)

EPOCA DE FERNANDO I, EL MAGNO, REY DE LEON Y DE CASTILLA, CON LA PRIMERA PARTE DE LOS ROMANCES DEL CID CAMPEADOR, RODRIGO DIAZ DE VIVAR.

723.

TRASLACION DEL CUERPO DE SAN ISIDRO DESDE SEVILLA Á LEON.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Almucamuz de Sevilla
Vasallo es del rey Fernando;
El Rey tiene gran deseo,
Como es tan buen cristiano,
De haber algun santo cuerpo
Para Leon el nombrado,
Donde ha hecho sepultura
Para sí y sus procreados.
A Almucamuz envia mensaje:
Que le dé le ha demandado
A santa Justa y Rufina,
Que en ella han martirizado.
Almucamuz lo prometió,
Y ofreciólas muy de grado:
Dos obispos enviara
Que las traigan á recado: